

“CREÉIS EN DIOS, CREED TAMBIÉN EN MI” (Jn 14,1)

¿Cómo podemos actualizar nuestro servicio de la fe?

Xavier Quinzà Lleó, SJ

Encuentro de la Provincia de España, Loyola 2016

1. Se ha roto la gramática del mundo

Se suele decir de la posmodernidad, que es el resultado de una cultura en la que se ha roto la “gramática del mundo”. Con esta expresión algunos autores contemporáneos se refieren a la fragmentación de todo el saber en nuestra cultura global y de las formas de vida que se derivan de esa situación. El mundo, nuestro mundo de sentido, se ha hecho añicos, se ha difractado en una pluralidad de visiones y de actitudes vitales. No es que haya diferentes modos de ver las cosas, es que hay tantos que no aparece ninguno que pueda hacer frente desde sí en solitario al conjunto de la realidad. Lo que se ha roto es una “gramática única o universal” (un sistema único y compartido de valoración de la vida) y han aparecido una multitud de gramáticas parciales, todas ellas válidas en cuanto perspectivas, enfoques locales; todos ellos entrelazados y disponibles para cualquiera en una red global de interconexiones. Esa es la característica de nuestra época: que estamos conectados los seres humanos de las diversas culturas y mentalidades y no nos podemos desentender unos de otros, pero tampoco podemos ya mantener una única y “verdadera” visión del mundo.

Por otro lado, vivimos en un orden pos-tradicional, en el que el sujeto ya no vive anclado en experiencias transmitidas por las anteriores generaciones, sino vividas en cada contexto y situación concretos, y además, vividas no como algo de cada cual aislado de los demás, sino solamente válidas en el ámbito del intercambio con los otros. No es que no nos sirvan las experiencias de los demás, es que nos sirven en un escenario muy preciso: el del intercambio en el presente de las vivencias que compartimos. Lo que no nos vale, ni ha valido nunca por otro lado, es la síntesis vital de la experiencia de otros sin haberla vivido y experimentado por nosotros mismos.

2. ¿Qué significa el servicio de la fe sino dar la confianza al Dios de Jesús?

Desde este planteamiento no tenemos más remedio que recuperar de algún modo algunas de las gramáticas parciales de la vida humana y sus valores, porque sin un marco de sentido, nada humano puede crecer, ni se puede construir futuro. Es una tarea de todos descubrir modos nuevos de vivir, de amar, de creer, de vincularnos a los otros, de intercambiar la vida.

Dar la confianza al Dios de Jesús significa participar de unas formas de vida muy concretas ya que el lenguaje de la fe se enraíza en sus formas de vida como en su tierra nutricia, en una atmósfera fecunda. De tal manera que el creer cristiano no se deriva de los datos de la Escritura a los que se refiere (¡aunque los llamemos “datos revelados”!) sino a lo que dichos “datos” aluden, es decir a su categoría de signos reveladores de experiencias de perdón y gracia. Aquellas que nosotros hemos llegado a percibir al haber dado nuestra adhesión a Jesús el Cristo.

Creer en Jesús no es un sueño romántico, sino una implicación en su forma de vivir, que es lo que en cristiano llamamos su seguimiento. No es necesario expresar primero una fe religiosa, sino buscar el reinado de Dios y su justicia y lo otro se nos dará por añadidura. A los cristianos, de hoy y de siempre, nos ha costado mucho comprender que no podemos creer “de boquilla”, ni sólo con las palabras, sino de obra y con los hechos concretos de nuestra implicación en la vida.

Dar la confianza al Dios de Jesús es aceptar vivir como él vivió, es decir: confiado en su cercanía amorosa, como los pájaros del cielo y los lirios del campo, y poniendo por obra la compasión con los más pequeños y amenazados hasta dar por completo nuestra vida. La gramática del creer cristiano se nutre de las formas de vida que el hombre Jesús vivió, y ello es lo que determina las modalidades de la experiencia de la fe y su misma lógica: lo que es o no creíble. El creer cristiano es

la acogida plena de una fe cuyo centro está en la salvación total recibida de Dios; pero esa misma fe incluye todo un sistema de referencias para pensar sobre el mundo, así como una forma de vida y una manera de juzgar la vida en las cuales uno ha de ser enseñado: las del hombre Dios Jesús de Nazaret.

Con el corazón y no sólo con el entendimiento especulativo ha de acogerse esa fe, mediante un amor por el que uno se abre a Dios y a los demás. La experiencia vital de haber sido “salvado” por la fe en Jesús no supone solamente una experiencia moral de cambio de vida, con el consiguiente arrepentimiento de lo mal hecho, sino sobre todo un nuevo fundamento existencial, una nueva experiencia real de humanidad que sólo se puede explicar por la intervención del Espíritu de Dios.

La experiencia espiritual del creer cristiano nos pone como varones y mujeres nuevos y agradecidos ante el Dios de Jesús y nos hace vivir en comunión con Él desde su oferta de gracia y comunión. Además de la fe creída, es decir, aquello que confesamos, está la fe creyente, que es el alma del movimiento del creer. Esta “fe creyente” es la confianza que ponemos en el Dios de Jesús, el Dios de la Vida, y los modos como nos abandonamos a su amor de Padre. Lo vivido y narrado con los otros creyentes va dando cuenta de lo que somos ante el Dios de Jesús. Y lo narramos y celebramos en comunidad.

3. ¿Cuál es la tarea de nuestro servicio de la fe?

La tarea de nuestro servicio a la fe será, por tanto, reconducir los lenguajes de la fe a su uso apropiado, es decir: aquel uso enraizado en las correspondientes formas de vida, lo que supone sacar a la luz la gramática profunda de lo que confesamos los creyentes. De este modo el recurso a la Revelación cristiana no es ver en ella la *cantera de datos* de la que se extraen parcelas de una verdad religiosa, sino que más bien verla como la garantía del creer cristiano. Garantía porque alude a un conjunto de signos salvíficos y a una ordenación y estructura interna de dichos signos que se expresan en unas categorías, ellas mismas remitidas al efecto que les da sentido, un Signo mayor: el reconocimiento del señorío de Cristo muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación.

Sólo la Cruz del Señor como Victoria definitiva frente al mal del mundo es el elemento principal del creer cristiano, ya que rige sobre la misma estructura del sistema de los signos de la salvación. Ello nos remite a una peculiar gramática del discurso creyente basada en la narrativa evangélica que es la que engendra un lenguaje anclado en contextos de entrega incondicional y de liberación de la muerte, gracias a la cual la fe en Jesús expresa y precisa su significado. Respecto a la sistemática de los signos, su organización y jerarquización, la narrativa cristiana nos remite a un sistema de discernimiento espiritual en función del reinado de Dios. Las señales de la salvación a que se nos remite, son una semiótica narrativa. En las tramas salvíficas de los hechos y dichos de Jesús que se nos narran es donde se hace presente la manifestación amorosa de Dios y su oferta de salvación para todos los humanos.

4. ¿Podemos configurar de nuevo el servicio del creer cristiano?

Somos Iglesia, es decir, “Comunidad de narración y memoria” y precisamos articular lo que somos desde una nueva forma de vivir y creer en Jesús impulsados por el Espíritu de Dios. Nuestro compromiso en el mundo es la consecuencia de la fe que profesamos. Como nos recordó Dietrich Bonhöffer, el mártir de la fe y la justicia, tanto orar como hacer la justicia son los cauces de la gramática cristiana de nuestros días. Por tanto, cabe entender en la narrativa cristiana la opción fiel con la categoría de “seguimiento”. Creer es seguir a Jesús dándole la confianza como el mediador del deseo humano de salvación y plenitud, el que lo llevará a su rehabilitación por el misterio pascual de su muerte y resurrección. La llamada de Jesús y su desvelamiento progresivo a lo largo de la propia biografía hace relevante la categoría de seguimiento como clave del creer en Jesús: fuerza ante el mal y configuración de una identidad nueva, que sólo puede vivirse “*fijos los ojos en el pionero y consumidor de la fe, Jesús*” (Hb 12, 2).

Como afirma Juan Mateos en su conocido comentario, la principal amenaza del creer cristiano es esta: *“Un Dios a quien adorar, sí, pero no un hombre a quien imitar”*. De ahí la insistencia del autor del cuarto evangelio sobre la humanidad de Jesús, sobre su existencia real “en carne”, es decir: en fragilidad y en obediencia al Padre. Adoptar su forma de vida en este mundo, o sea seguirle, es clave para entender correctamente sus hechos y sus palabras. La vida de los cristianos en este mundo es su gramática; vivir como Él vivió es el buen camino para el cristiano y el único mandamiento.

Los que aceptan el mensaje de Jesús forman una comunidad que se caracteriza por la práctica del amor fraterno hasta las últimas consecuencias. Comunidad que rechaza los criterios y formas de vida del mundo injusto: ellos con su vida anulan el mundo en medio del mundo. Esta forma de vida les supone el rechazo y la persecución porque ante su manera de vivir, el mundo ve amenazados sus intereses. La misión de los discípulos es crear frente al orden presente una alternativa de sinceridad, igualdad, desinterés, compasión, ayuda mutua. El desafío es organizar y mantener unas formas de vida en común donde el egoísmo y la dinámica del poder no tengan la última palabra, donde la compasión y el desvelo por los pequeños sea lo decisivo. Los discípulos de Jesús son aquellos que han preferido la gloria que da Dios a la que dan los criterios de este mundo injusto.

Juan en su relato corta de raíz todo pretexto para separar al Cristo glorioso del Jesús terreno, al no separar la exaltación de Jesús de su muerte: en ella precisamente consiste su glorificación. El itinerario del discípulo, en este gran drama de la salvación que Dios otorga, es rehacer el camino de Jesús, desplegando en cada época sus mismas formas de vivir, de pensar, de amar y de entregarse hasta dar la propia vida por un “amor mayor”.

Creer en Jesús es vivir en su intimidad, porque nos dejamos gobernar la vida desde su amor. Es ir experimentando que, como los sarmientos, la vida abundante de la que gozamos, se nos comunica desde el injerto profundo en la Vid verdadera. De este modo nuestra existencia es paz, alegría y amor, aún en medio de las dificultades y las contradicciones del mundo. Nuestra fe en Jesús es garantía de lo que esperamos porque unidos a Él en su misterio, vamos arraigando unas formas de vida y una manera de relacionarnos con los otros en las que el amor se hace manos que se tienden ante los que sufren y corazón que ama sin esperar nada a cambio.

En conclusión

La frase evangélica *“Creéis en Dios, creed también en mí, en la casa de mi Padre hay muchas moradas”* (Jn 14, 1), con la que hemos titulado estas notas, puede ser leída en un sentido eclesial: el lugar que va a prepararles Jesús a los discípulos no es la casa del Padre en el más allá, en el cielo, sino la nueva convivencia con Él, que empieza aquí y ahora, es decir la comunidad, la iglesia. Es una morada de intimidad con Jesús, en la que ya es posible vivir por la gracia y permanecer en su amor. Lo que pasa es que Jesús no regresa a vivir con los suyos donde estaban, sino que les quiere llevar a vivir adonde está Él, porque ya le han dado su confianza. Los discípulos, como aquellos que hemos pasado alguna vez por un trauma, queremos retomar nuestra vida donde la dejamos, pero no es posible reanudar la vida desde el mismo lugar adonde estábamos antes. Tanto ellos como nosotros, sólo si nos dejamos conducir a un lugar nuevo podemos tener un horizonte de futuro. Lo que significa que sólo dándole a Él la confianza y descubriendo la verdad que somos desde Jesús, podemos aspirar a cambiar y mejorar la vida.

PARA LA ORACIÓN: ¿Crees de todo corazón? Hechos 8, 26-40

El ángel del Señor dijo a Felipe: ¡En pie! Dirígete al sur, al camino que conduce de Jerusalén a Gaza, un camino desierto. Él se puso en camino. Sucedió que un eunuco etíope, ministro de la reina Candaces y administrador de sus bienes, volvía de una peregrinación a Jerusalén, sentado en su carroza y leyendo la profecía de Isaías. El Espíritu dijo a Felipe: Acércate y pégate a la carroza. Felipe la alcanzó de una carrera y oyó que estaba leyendo la profecía de Isaías, y le preguntó: ¿Entiendes lo que estás leyendo? Contestó: ¿Y cómo voy a entenderlo si nadie me lo explica? Y lo invitó a subir y sentarse junto a él. El texto de la Escritura que estaba leyendo era el siguiente: Como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante el esquilador, así él no abrió la boca. Lo humillaron negándole la justicia; ¿quién describirá su destino? Pues arrancaron de la tierra su vida. El eunuco preguntó a Felipe: Dime, por favor, ¿por quién lo dice el profeta? ¿Por sí o por otro? Felipe tomó la palabra y, comenzando por aquel texto, le explicó la Buena Noticia de Jesús. Siguiendo camino adelante llegaron a un lugar donde había agua, y el eunuco le dijo: Ahí hay agua, ¿qué me impide ser bautizado? Contestó Felipe: ¿Crees de todo corazón? Respondió el eunuco: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Mandó parar la carroza, bajaron los dos hasta el agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó. Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe, de modo que el eunuco no lo vio más; y continuó su viaje lleno de alegría. Felipe apareció por Azoto, y recorriendo la comarca iba anunciando la Buena Noticia a todas las poblaciones hasta Cesarea.

Cuando leas el relato

Cae en la cuenta del trayecto que recorre Felipe. Es el camino que va de Jerusalén a Gaza, el camino que lleva al mar, que abre el Evangelio a toda la cuenca mediterránea, que lo saca de los límites de Jerusalén. Es el camino hacia la frontera con lo desconocido, fuera de Jerusalén, el camino que desemboca en un mundo nuevo e incierto.

Fíjate que, al comienzo, se dice que el camino es «desierto» pero donde el Espíritu precede, prepara, sorprende sin cesar, porque es él quien lleva la iniciativa. Él ha despertado ya la fuente interior en el corazón de este funcionario extranjero que había ido en peregrinación a Jerusalén. Él es quien impulsa a Felipe a unírsele en el carro y dialogar con él.

Cuando contemples el relato

Percibe el protagonismo del Espíritu: habla, inspira, mueve a Felipe. Le lleva a dar pasos inesperados, imprevistos: levantarse, salir de Jerusalén, ponerse en camino, acercarse al etíope, dialogar con él... Y pide la gracia de que sea el Espíritu el que te hable, inspire y mueva.

Capta el deseo que hay tras las preguntas del funcionario etíope. En él reconocemos a los que se preguntan y no encuentran respuestas, que desean dar nuevos pasos pero no saben a dónde encaminarse... Y considera estas palabras de Francisco: *“La presencia de Dios acompaña las búsquedas sinceras que personas y grupos realizan para encontrar apoyo y sentido a sus vidas. Esa presencia no debe ser fabricada sino descubierta, develada. Dios no se oculta a aquellos que lo buscan con un corazón sincero, aunque lo hagan a tientas, de manera imprecisa y difusa”* (EG 71)

Del funcionario etíope, no se sabe más que estos instantes del encuentro. El pasaje bíblico tan sólo dice que «siguió su viaje lleno de alegría». Nada más. Y nos recuerda las palabras con las que Francisco inicia su Exhortación: *“La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús”* (EG 1)